

investiga, penetra trabajosamente la naturaleza y se da leyes, ideas. A lo mejor se figura haber creado lo que no ha hecho más que descubrir con mil fatigas, y he aquí a nuestro soberano absoluto dictando reglas hasta al mismísimo Cosmos. Te digo, en verdad, que la razón nos hace muchas veces un flaco servicio. ¿No te parece más de acuerdo con tus propias ideas, que la llamemos al orden reduciéndola a la experiencia y al conocimiento real de las cosas sin perjuicio de que divague todo lo que se le antoje siempre que no nos dé gato por liebre? También puede divagar el escéptico. Acaso divaga más que el creyente. Todos los caminos se abren ante el escéptico. Todos, menos uno, se cierran ante el creyente. Pero el escéptico no se deja dirigir, imponer por ninguna idea, por ninguna creencia. Está siempre a disposición de la verdad próxima. El creyente, no. Tiene que vencer antes la resistencia de las ideas adquiridas.

—Si reduces la razón a la experiencia y a la realidad, matas al genio creador de la humanidad, aniquilas la intuición, acabas con las invenciones maravillosas, con los prodigios imaginativos trocados luego en hermosas realidades. Deja que la razón poetice. Sus desvaríos son con frecuencia su gloria. En la razón misma has de buscar el freno al error. La realidad, hartamente deleznable tantas veces, es inferior a la razón forjadora de ilusiones que si no son verdades deberían serlo. Déjanos el consuelo de la ficción creadora. Hay que vivir de algo y para algo.

—Eres incorregible idealista. La humanidad está enferma de sentimentalismo. Tú también. Acaso yo y los propios y mayores escépticos. ¡Qué empeño en vivir de quimeras y para quimeras! Puede que sea fatal la vida del ensueño mientras la humanidad nos apremia y nos acorrala. La humanidad ¿no podrá subsistir sin idólos, sin estatuas, sin genios, sin delirios, sin héroes, sin mártires? Por lo menos que no se haga esclava de ellos

y sea luego lo que quiera. He ahí por qué creo que debemos llamar al orden la razón, demasiado ensoberbecida de su propio valer.

—Convendrás conmigo, por lo menos, en que persiguiendo idealidades es como camina el mundo.

—Sí; convengo en ello. Pero escucha: tú y yo militamos en favor de ideas radicales que arrancan de un mismo tronco; nos hemos dejado encasillar o nos hemos encasillado nosotros mismos, para el caso es igual. ¿Cuántas veces no has sentido el encierro de este encasillado? ¿Cuántas veces no te has visto obligado a desfigurarse, a callar la verdad, tal como se presentaba a tu propia razón? Yo te aseguro, sinceramente, que he sentido el aprieto de esos ataderos y me he declarado y me declaro rebelde, aun dentro de las más grandes rebeldías. No se es mentalmente libre sino cuando no se obedece a ninguna creencia.

—No lo niego; pero creo que es imposible el estado mental que tan fieramente preconizas.

\* \* \*

El autor interviene y dice:

Aun el más férvido creyente tiene sus horas de vacilación y de duda. ¡Gusta tanto al pensamiento volar libremente!

Aun el mayor escéptico acaricia idealismos tal vez irrealizables. ¡Es tan grata la ilusión de lo bello!

En los extremos opuestos, el creyente más ciego debe esforzarse por abrir bien los ojos y el escéptico más empedernido orear su alma con la brisa del ensueño. Si no lo hace, caerá el primero en el fanatismo, la forma más degradante de la esclavitud intelectual; y el segundo en la corrupción, la forma más abyecta del libertinaje.

Un cerebro libre de prejuicios, mejor libre de todo elemento directriz; y una idealidad sana, dentro de la naturaleza, conciliaría noblemente las distintas tendencias que, en suma, dividen a los hombres.

R. MELLA